

# ESO NO PUEDE SUCCEDER AQUÍ

**Jorge Hernández Martínez**

**En** 1935, el primer intelectual norteamericano ganador del Premio Nobel de Literatura, Sinclair Lewis, escribió una novela titulada con ironía *Eso no puede suceder aquí* (*It Can't Happen Here*), en la que dibujaba con estilo de sátira política el posible ascenso del fascismo en Estados Unidos. La narración se colocaba en una escena imaginaria durante la crisis de la “Gran Depresión”, en la cual Roosevelt perdía las elecciones presidenciales y el candidato de un partido totalitario, mediante un discurso populista y demagógico que apelaba a los ideales de la nación, asumía el poder en un momento crucial en la historia del siglo XX, con el surgimiento del fascismo en Europa y un *New Deal* en marcha, cuyos exitosos resultados aún no se percibían.

Aunque con anterioridad ya se registraban ciertas anticipaciones del fascismo en la literatura norteamericana, como en la novela de Jack London *El talón de hierro*, y que luego se alertó con preocupación por varios exponentes del pensamiento social, como Theodor Adorno en *The Authoritarian Personality* y Bertram Gross en *Friendly Fascism*, ante tendencias palpables en la cultura política de Estados Unidos al concluir la Segunda Guerra Mundial y durante la llamada Revolución Conservadora o “Era de Reagan”, la obra de Lewis es la que mejor ha resumido la cosecha cultural de pasajes oscuros en los que han florecido valores y acciones de carácter reaccionario, que alejaban a la nación de sus tradiciones democráticas.<sup>1</sup>

En rigor, las particularidades históricas que conducen a la formación de la nación norteamericana explican el hecho de que el debate político allí transcurra dentro de un marco ideológico muy estrecho, por lo que el conservadurismo nace dentro de una matriz liberal. Por esa razón, la imagen con la que se identifica a Estados Unidos en el mundo, cual paradigma del liberalismo, tiene más de mito que de realidad.

Por una parte, existe una base histórica, a partir de la cual el país ha sido escenario de tendencias de derecha radical, con marcado extremismo político, según lo demostraría Seymour Martin Lipset, visible desde el Ku-Klux-Klan, la Asociación Nacional del Rifle, el movimiento nativista, el

<sup>1</sup> Véase Theodor W. Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson and R. Nevitt Sanford, *The Authoritarian Personality. Studies in Prejudice Series*, Volume 1, Harper & Brothers, N.Y., 1950, y Bertram Gross, *Friendly Fascism. The New Face of Power in America*, South End Press, Boston, 1980. Para un análisis sobre el tema, ver Cedric Belfrage, *La inquisición democrática en Estados Unidos*, Siglo XXI Editores, Ciudad de México, 1972.

populismo sureño, los grupos de orientación fascista, como los *Skinheads*, hasta las organizaciones de la denominada “nueva” derecha, la derecha evangélica y el *Tea Party*.<sup>2</sup> Por otra, sucede que en su devenir durante los últimos cuarenta años, Estados Unidos ha dejado de ser el país que los norteamericanos creen que es, o dicen que es. Las contradicciones en que ha vivido y vive hoy, en términos ideológicos y partidistas no pueden ya ser sostenidas ni expresadas por la simple retórica. Escapan a la manipulación discursiva tradicional –mediática, gubernamental, política–, y colocan al sistema ante dilemas que los partidos, con sus rivalidades, no están en capacidad de enfrentar, y que no llegan a cristalizar en un nuevo consenso nacional.

La victoria electoral republicana en la contienda de 2016, al resultar electo Donald Trump como presidente, ha mostrado la posibilidad de que las ideas y propuestas conservadoras de derecha radical hallen espacio, una vez más –en un contexto de crisis cultural, como ocurrió en los años 80–, en el sistema político y la sociedad civil en ese país. Aun y cuando no constituyan una práctica y una institucionalidad como las que acompañan a las expresiones históricas del fascismo europeo y latinoamericano, desde el punto de vista ideológico conforman una visión del mundo y un eventual proyecto político con no pocos puntos de contacto, lo cual aconseja prestar atención.

## **Estados Unidos 2016: Eso no puede suceder aquí**

Para muchos, el auge conservador que se despliega en Estados Unidos y la victoria de Trump en 2016 era algo similar al reconocimiento irónico de Sinclair Lewis: eso no podía suceder allí. Sin embargo, la sorpresa inicial que conllevó el triunfo republicano fue muy relativa, en la medida en que si bien la inmensa mayoría de los análisis, pronósticos y sondeos de opinión apuntaban con elevados porcentajes de certeza hacia el triunfo demócrata de Hillary Clinton, existía un entramado objetivo de condiciones y factores (a menudo insuficientemente ponderado, cuando no ignorado), que permitía augurar la derrota demócrata y el retorno republicano a la Casa Blanca. Ese trasfondo tenía y tiene que ver con la crisis que define a la sociedad norteamericana durante ya más de tres décadas, la cual no sólo se ha mantenido, en medio de parciales recuperaciones –sobre todo en el ámbito

<sup>2</sup> Véase Seymour Martin Lipset y Earl Raab: *La política de la sinrazón. El extremismo de derecha en los Estados Unidos, 1790-1977*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1983.

## Estados Unidos, Trump y el auge conservador

económico, propagandístico y tecnológico-militar—, sino que se ha profundizado entre intermitencias y altibajos en el terreno cultural, político e ideológico. En un lúcido y conocido análisis, Michael Moore se anticipaba a visualizar el resultado de la elección presidencial de 2016.<sup>3</sup>

Resulta inevitable concentrar las miradas en la figura de Trump, a partir de todo lo que simboliza el vertiginoso auge que durante la campaña tuvo su figura, hoy convertida en la del Presidente de la nación más poderosa del mundo. Ese triunfo electoral se produce aun cuando el lenguaje y conducta de Trump contradicen varios de los mitos fundacionales de ese país, que le identifican a escala mundial con la tierra prometida, la de las oportunidades, emblema de la libertad y la democracia. Trump es electo por el voto mayoritario del Colegio electoral, que no fue coincidente, como se sabe, con la votación popular.

Trump ha representado un estilo inédito en los procesos electorales en Estados Unidos. Su discurso demagógico ha prometido empoderar, con aliento proteccionista, al empresario capitalista y al trabajador con precariedad de empleo, quienes le exigirán que cumpla con sus promesas nacionalistas. Ha declarado personas *non gratas* a quienes no reúnen las características estereotipadas que ha creado el cine de Hollywood, la historieta gráfica y el serial televisivo en torno a la familia norteamericana: blanca, de clase media, disciplinada, individualista, protestante.<sup>4</sup> En la sociedad norteamericana ya existe una cultura política marcada por una concepción hegemónica en torno a los “diferentes”, es decir, las llamadas minorías, que en el lenguaje posmoderno son calificadas y consideradas como los “otros”. Trump apelará a la visión racista, excluyente, discriminatoria, que el politólogo conservador Samuel P. Huntington estableció en sus escritos tristemente célebres, que argumentaban la amenaza que a la identidad nacional y a la cultura tradicional estadounidense, de origen anglosajón, entrañaba la otredad, encarnada en la presencia intrusa hispano-parlante de los migrantes latinoamericanos.<sup>5</sup>

La cristalización de Trump como precandidato republicano y su desenvolvimiento ulterior hasta la nominación como candidato y elección como Presidente constituye un fenómeno político que emerge a partir de

<sup>3</sup> Véase Michael Moore, “El próximo presidente de EEUU será Donald Trump”, en: <http://www.cubadebate.cu/noticias/2016/07/29/michael-moore-el-proximo-presidente-de-eeuu-sera-donald-trump/#.WCOy9UrPec>

<sup>4</sup> Véase Marco A. Gandásegui (hijo), “EE UU, elecciones 2016”, en proceso de publicación por la página web de ALAS.

<sup>5</sup> Véase Samuel P. Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense.*, Editorial Paidós, México, 2004.

una crisis que trasciende la de los partidos políticos. En rigor Trump no era un *rara avis*, algo poco común, sin desconocer sus excentricidades, histrionismos y aparentes desquicies. Existían condiciones que explicaban su aparición y resonancia, relacionadas con cambios estructurales y con esa cara oculta de la sociedad norteamericana, que aunque transformada, sigue siendo esencialmente blanca, racista, con sentido de superioridad étnica y religiosa, una parte de la cual se había sentido afectada y olvidada. Trump proviene de un fenómeno que tiene antecedentes desde los años 60 y 70, cuando surge lo que se conocería como la nueva derecha, que después se va concretizando en la coalición conservadora que floreció en la década de 1980, y en el siglo XXI en el *Tea Party*. En el contexto de la doble Administración Obama se profundizó el resentimiento de ese sector, integrado por personas blancas, adultas, que fueron golpeadas por la crisis de 2008 y sus secuelas, identificados como trabajadores “de cuello azul” con bajos niveles educativos, que perdieron sus casas y empleos, cuyos problemas no fueron atendidos por el gobierno demócrata. Trump se apoyó en esa situación y en esa base social, creó chivos expiatorios y logró, con habilidad, manipular y captar el apoyo y el voto de ese sector.<sup>6</sup>

Según ha señalado con razón Leandro Morgenfeld, “en un Estados Unidos cada vez más diverso social y étnicamente, y contra las explicaciones demográficas que subestimaban las chances de Trump, éste pudo ganar apelando especialmente al voto *wasp* (hombres blancos anglosajones protestantes), disconformes con un *establishment* económico y político que parece no tenerlos en cuenta. El magnate cosechó, por un lado, el apoyo de los sectores más ultraconservadores, que tradicionalmente votan a los republicanos. Se aseguró el entusiasta apoyo de misóginos y supremacistas blancos, que no toleraban la posibilidad de tener a una mujer como presidenta, después de dos mandatos de un afroamericano (al cual el propio Trump ‘acusó’ durante años de haber nacido en Kenia), y también de quienes están a favor de la desregulación total en la tenencia de armas —fue clave el apoyo de la poderosa Asociación Nacional del Rifle— y en contra de la despenalización del aborto”.<sup>7</sup>

### La crisis norteamericana, las contradicciones ideológicas y rivalidades partidistas

El desarrollo de las elecciones de 2016 en Estados Unidos, desde las primarias y las convenciones partidistas hasta los resultados de los comicios del 8 de noviembre, puso de manifiesto con perfiles más acentuados, como ha ocurrido en situaciones similares en anteriores etapas de la historia

<sup>6</sup> Jesús Velasco, “Análisis Posdebate: ¿Qué es Trump?”, en Aristegui CNN, <http://www.writtenepisodes.com/watch-video/F49-Fx-d8lk/Aristegui%20y%20Jesus%20Velasco>.

<sup>7</sup> Leandro Morgenfeld, “La crisis del sueño Americano”, en *Caras y Caretas*, No. 2325, enero, Buenos Aires, 2017.



norteamericana reciente, la crisis que vive el país desde la década de 1980 y que se ha hecho visible de modo sostenido, con ciertas pausas, más allá de las coyunturas electorales. La pugna política entre demócratas y republicanos, así como las divisiones ideológicas internas dentro de ambos partidos, junto a la búsqueda de un nuevo rumbo o proyecto de nación, definió la campaña presidencial, profundizando la transición inconclusa en los patrones tradicionales que hasta la denominada Revolución Conservadora caracterizaban el imaginario, la cultura y el *mainstream* político-ideológico de la sociedad norteamericana. Esa transición se troquela en torno a la relación Estado/sociedad/mercado/individuo, teniendo como eje la redefinición del nexo entre lo privado y lo público, entre economía y política. De ahí que la crisis no se restrinja a una u otra dimensión, sino que se trate de una conmoción integral, que es transversal, de naturaleza moral, cultural, y que en sus expresiones actuales no sea ni un fenómeno totalmente novedoso ni sorprendente.

Con el telón de fondo de la crisis en la esfera económico-financiera, que resulta determinante para la sociedad en su conjunto, queda claro que el sistema político, y en particular, el subsistema electoral, también están atrapados en ese proceso más amplio. Es decir, que los procesos electorales que tienen lugar en ese país al finalizar el siglo XX y los que acontecen durante la década y media transcurrida en el XXI (los de 2004, 2008, 2012 y 2016), han reflejado una penetrante crisis que trasciende el ámbito económico, se expresa en el sistema político y además, en la cultura.

En el marco de la mencionada Revolución Conservadora se resquebrajó la imagen mundial que ofrecía Estados Unidos

como sociedad en la que el liberalismo se expresaba de manera ejemplar, emblemática, al ganar creciente presencia el movimiento conservador que se articuló como reacción ante las diversas crisis que se manifestaron desde la década precedente, y que respaldó la campaña presidencial de Ronald Reagan como candidato republicano victorioso. Con ello se evidenciaba el agotamiento del proyecto nacional que en la sociedad norteamericana se había establecido desde los tiempos del *New Deal*, y concluía el predominio del liberalismo, conformando un arco de crisis que trascendía los efectos del escándalo Watergate, la recesión económica de 1974-76, el síndrome de Vietnam y los reveses internacionales que impactaron la política exterior estadounidense.

Así, el conservadurismo aparecería como una opción que, para no pocos autores, constituía una especie de sorpresa, al considerarle como una ruptura del *mainstream* cultural, signado por el pensamiento y la tradición política liberal. En la medida en que el país era concebido en términos de los mitos fundacionales que acompañaron la formación de la nación, y percibido como la cuna y modelo del liberalismo, el hecho de que se registrara su quiebra era un hecho sin precedentes. Así, la acumulación de frustraciones que desde los años 60 estremecieron al país, con la conjugación del auge del movimiento por los derechos civiles, el nacionalismo negro, la contracultura, el fenómeno *hippie*, las drogas, la canción protesta y el sentimiento antibelicista, junto al cuestionamiento de la eficiencia de los gobiernos demócratas y de las políticas liberales para proteger la fortaleza económica, política y moral del imperio, conducen a finales de la década de 1970 a la búsqueda de alternativas que pudiesen superar las

sensaciones de desencanto o decepción asociadas a las debilidades atribuidas a la Administración Carter, y devolverle a la opinión pública, a la sociedad civil y a los círculos gubernamentales, la habitual autoestima nacional.

Las expectativas que se crearon desde los comicios de 2008 y 2012, cuando Obama se proyectaba como candidato demócrata, esgrimiendo primero la consigna del cambio (*change*) y luego la de seguir adelante (*go forward*), formulando promesas que en su mayoría no cumplió, son expresión de lo anterior. La frustración por la falta de correspondencia entre su retórica y su real desempeño fue evidente. De hecho, si bien sus proyecciones político-ideológicas sugerían un retorno liberal, en la práctica nunca cristalizó en un renacimiento del proyecto liberal tradicional, el cual parece estar agotado. En 2016, la plataforma que acompañó a Trump tuvo un antecedente en el movimiento en ascenso, también de inspiración populista, nativista, racista, xenófoba, encarnado primero en los años 80 y treinta años después, en el *Tea Party*. Entretanto, descolló la tendencia encarnada por Bernie Sanders, que tenía como preludeo al movimiento *Occupy Wall Street*, exponente de inconformidad y rechazo ante la oligarquía financiera, que respondía, pero con signo contrario, al mismo contexto en que nació el *Tea Party* y el fenómeno Trump.

## La contienda electoral de 2016 y la viabilidad de las tendencias conservadoras

El movimiento conservador, cuyo desarrollo se hizo notablemente visible al comenzar la campaña electoral de 2016, alimentado por el resentimiento de una clase media empobrecida y la beligerancia de sectores políticos que se apartan de las posturas republicanas tradicionales, rompe los moldes establecidos y evoca un nacionalismo chauvinista, intolerante, xenófobo, racista, misógino.<sup>8</sup> Estas expresiones del conservadurismo reflejan la frustración de hombres blancos adultos, acumulada desde los años 60, a partir de hechos como la emancipación de la mujer, la lucha por los derechos civiles, las leyes para la igualdad social, el dinamismo del movimiento de la población negra y latina, de homosexuales y defensores del medio ambiente y de la paz, por considerar que le han ido restando poder y derechos, así como robando sus espacios de expresión. Se trata de ese estrato de clase media, protestante y de origen anglosajón, que se ha ido incrementando durante las últimas décadas, orgullo de la nación en los años de la segunda postguerra, que se considera maltratado por la última revolución tecnológica, la proyección externa de libre comercio y la reciente crisis económica. Reacciona contra lo que provoca sus males e identifica como amenazas o enemigos a los inmigrantes,

las minorías étnicas y raciales, los políticos tradicionales. Propone medidas proteccionistas, se opone a los tratados de libre comercio y pretende que Estados Unidos sea la tierra prometida, pero sólo para los norteamericanos verdaderos. A ese sector movilizó Trump.

En resumen, el desarrollo de la contienda presidencial dejó ver la tendencia referida en un entorno de acusadas contradicciones ideológicas y rivalidades partidistas. Se trata de una crisis cultural que como telón de fondo propicia que se hagan más intensas y profundas las fisuras en el sistema bipartidista. Luego de la inimaginable elección de un presidente negro en 2008, ahora se asistió a la no menos inusitada nominación de una mujer presidenciable, con imagen de político tradicional, y de un hombre anti-*establishment*, cuya proyección totalmente escandalosa, irreverente, iconoclasta, herética, desvergonzada, le hacían ver como no apto para ocupar la Casa Blanca.

El 8 de noviembre, a pesar de la tardía conciencia de los republicanos tradicionalistas por salvar la imagen y la coherencia de su partido, se impuso la figura de Trump, con su retórica demagógica y expresiones fanáticas de xenofobia, espíritu anti inmigrante, intolerancia, excentricismo e incitación a la violencia. Los esfuerzos de dichos republicanos y de los neoconservadores por presentar opciones a Trump dejaron claro tanto la polarización al interior del partido, como el hecho de que no se sentían reconocidos con su figura ni con el ideario que pregona. No debe perderse de vista que en el partido republicano coexisten grupos muy diversos, con posiciones hasta encontradas, como los conservadores ortodoxos, los variados e inconexos grupos del *Tea Party*, los cristianos evangélicos, los libertarios y los neoconservadores, siendo estos últimos los principales críticos del candidato. Trump encontró un terreno fértil, según ya se ha explicado, en las condiciones que han afectado el lugar y papel de un sector específico de la sociedad norteamericana, lo que ha podido explotar en su beneficio en la medida en que fue capaz de hablar su mismo lenguaje, de dirigir su discurso populista y patriótico hacia los corazones y las mentes de los *wasps*.

El paisaje político-ideológico que se configurará en Estados Unidos luego de los comicios presidenciales de 2016, en camino hacia 2020, mostrará los espacios, posibilidades y límites que pueden hallar las tendencias conservadoras promovidas y viabilizadas por la Administración Trump, impulsadas desde un partido republicano dividido y frente a un partido demócrata cargado de frustración, sobresalto y amargura, en una sociedad más polarizada y sobrecogida que nunca. ☒

---

**Jorge Hernández Martínez.** Sociólogo y politólogo cubano. Profesor e Investigador Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), y Presidente de la Cátedra “Nuestra América” en la Universidad de La Habana.

<sup>8</sup> Véase Robert Kagan, “Trump is the GOP’s Frankenstein monster”, *The Washington Post*, February 26th, 2016.